



Retrato por H. Scheffer.

Dibujo de M. Monleón.

MATEU ORFILA I ROTGER

Creador de la Toxicología moderna y fundador de la Medicina legal.

CENTENARIO DE ORFILA: 1853-1953

UN PENSIONADO DE LA ANTIGUA JUNTA DE COMERCIO DE BARCELONA: ORFILA (1)

POR MIQUEL DELS SANTS OLIVER

Traducción del catalán por el Profesor F. de S. AGUILO

En los comienzos de la pasada centuria, dos jóvenes nacidos en antiguas tierras catalanas, que contaban la misma edad, destinados a vivir durante el mismo tiempo, llegan a París y, por diversos azares de la vida, se entregan al estudio y acaban por incorporarse, de una manera absoluta, a los dominios de la celebridad universal. Sus nombres resplandecen en la constelación portentosa del primer Imperio, saltan a cada página en las historias de la investigación, decoran hoy las lápidas de magníficas calles y coronan el frontispicio de los anfiteatros y las aulas doctorales. Uno de estos jóvenes se llama Francesc Aragó; el otro Mateu Orfila. Nació el primero en Estagell, cerca de Perpignan, en la porción viviente de Catalunya, arrebatada por el tratado de los Pirineos, y fue la fecha de su nacimiento el 26 de febrero de 1786; el otro vino al mundo en Menorca, el día 24 de abril del año siguiente; y ambos mueren en París, ya mediado el otro siglo, en el mismo año de 1853, después de haber legado a la humanidad el tesoro inapreciable de sus luces y de haber añadido a los dominios del conocimiento amplias regiones de misterio nunca exploradas antes de ellos.

Pues bien; estas dos vidas, verdaderamente ejemplares y gemelas, que requieren el ingenio de un Plutarco, tienen para nosotros un interés extraordinario, mezcla de satisfacción y de humillación, de orgullo y de afrenta, que se resuelve en no sé qué resabio agri dulce, de cosa que agrada y desagrade a la vez. Porque, si vienen a demostrar, con dos ejemplos eminentes y simultáneos, la potencialidad individual de nuestra raza para las superiores empresas del intelecto moderno, nos recuerdan también la incuria colectiva y la frialdad del medio, que no dejan abrir aquí la flor de la pura originalidad: aquella fuerza de creación científica propiamente dicha y, en una palabra, de *descubrimiento* que nuestros hermanos y conterráneos saben alcanzar transplantados a surco más propicio y sujetos a las presiones de una atmósfera más favorable. De esta lucha y conflicto con el medio, la vida de Mateu Orfila, sobre todo, ofrece una representación destacada que se relaciona, además, con uno de los esfuerzos más admirables y sostenidos, con una de las tentativas más sólidas que en tierras de España se hayan hecho nunca en sentido de la restauración y aprovechamiento integral de nuestras energías. Ya habréis comprendido que me refiero a la antigua Junta de Comercio [de Catalunya].

Señores: una afortunada casualidad puso en mis manos un curioso manuscrito, casi desconocido y absolutamente inédito hasta hoy, que contiene las *Memòries autobiogràfiques* (*Memorias autobiográficas*) del doctor Orfila. El afán con que lo leí, casi todo de una sentada, no lo he de ponderar a los que conozcan mi gusto por este género de literatura confidencial y la afición con que me atrae el período histórico correspondiente a las expresadas *Memòries*. Por las indicaciones que se me habían dado, creía no encontrar en ellas más que notas incoherentes y tal vez ininteligibles, destinadas a ser desarrolladas más tarde por el autor mismo, a quien la muerte viniera a sorprender antes de cumplir su propósito. Pero desde las primeras páginas, vi que se trataba de una redacción definitiva, fluida, acabada y perfectamente literaria que es posible darla a la imprenta sin más retoque; apreciando también el interés vivísimo del manuscrito a uno y otro lado de los Pirineos. En Francia, por la aclaración que aporta a infinidad de cuestiones de su historia científica del siglo XIX, por la muchedumbre de personajes famosos que menciona, por la reforma de la Facultad de Medicina y creación de Museos y dependencias que reseña, por la pintura de la vida de alta sociedad, en los primeros "salones" de la Restauración o de la Monarquía de julio que Orfila frecuentaba; y en Catalunya, por las noticias que se encuentran respecto a su organización docente y al nivel de las enseñanzas técnicas, noticias que, en algún punto, toman el aspecto de gloriosas revelaciones. A todo ésto se une una riqueza episódica considerable y llena de amenidad, de cosas íntimas y vividas por el autor: anécdotas de juventud, pequeñas viñetas y medallones de grandes damas, artistas y celebridades parisienses, confesiones juveniles o temores de un porvenir frustrado. En suma: el diario de la conquista de París y la nombradía mundial por un joven extranjero que baja de la diligencia, al llegar a la ciudad-luz con una *cavatina* de ópera en los labios y cincuenta céntimos en el bolsillo como toda provisión; diario que rivaliza dignamente con la *Histoire de ma jeunesse*, de Francesc Aragó, incluida hoy en sus obras completas, sobrepasándola en extensión y consistencia, ya que aquélla se limita a un corto período y la que nos

(1) Conferencia dada en la Cámara de Comercio el día 29 de noviembre de 1912. *Obres Catalanes de Miquel S. Oliver, III, Parlaments i Conferències*. Il·lustració Catalana, Barcelona (s. d.), (p. 58-102). (N. del T.).

ocupa abraza toda la existencia de Orfila, pues fue terminada de escribir bien entrado el año de 1849, conteniendo pormenores relativos a este mismo año.

El manuscrito en cuestión está dividido en cuatro cuadernos *cartonés*, de papel rayado, tamaño de medio folio. El primer cuaderno dice en la primera página: *Documents pour servir à faire un jour la Biographie de mon Père. / Premier Cahier. / Écrite par lui pendant l'été de 1847 à Passy et copiée par moi en 1848*. Al verso del mismo folio se lee un *Avant-propos*, de 24 líneas de letra casi microscópica, autógrafo de Orfila padre, rubricado por él y fechado en *Paris, le 25 Mai 1847*. Después siguen, sin interrupción ni división de capítulos, 132 páginas de escritura de mano del hijo (Honorat Orfila) numeradas del 1 al 132, que también es la última del cuaderno, el cual se cierra con estas palabras: *Fin du Premier Cahier*. El segundo cuaderno va rotulado así en la primera página: *Biographie de mon Père. / Deuxième Cahier. / H. Orfila*. Siguen entonces las páginas numeradas desde el 1 al 186, que es la última. En este cuaderno se encuentra, además, en la parte inferior de la tapa o cubierta, una etiqueta del librero que dice: *C. Edard / 16, Rue de Bussy / Magasin de papiers, fournitures de Bureaux...* etc. El tercer cuaderno lleva en la primera página, como el anterior: *Biographie de mon Père...* etc. Siguen 161 páginas de escritura, numeradas desde 1, que llenan todo el cuaderno. También lleva etiqueta del librero: *Caulin, papetier / Rue St. Honoré au coin de celle de Richelieu*. Y el cuarto y último tiene la misma portada de los dos anteriores y 81 páginas escritas, y quedan una porción en blanco. Al final del texto se encuentra esta fecha: *Paris, le 31 Mai 1849* y la firma autógrafa del padre: *Orfila*. Algunos pasajes y páginas enteras del manuscrito han sido tachados o sustituidos por una hoja sobrepuesta. Hay también no pocas correcciones e interpolaciones de letra del doctor Orfila que casi siempre recaen sobre la ortografía de nombres, apellidos o palabras técnicas, en la cual el copista no se muestra muy seguro.

Y ahora, conocidas estas indispensables exterioridades, entremos a examinar el contenido y a seguir la luminosa existencia a que él se consagra, dispensando vosotros a un profano que se apodera, por breves instantes, de la biografía del mahonés insigne, naturalmente vinculada a la historia de la medicina moderna y a los especialistas y técnicos competentes en el orden de actividad mental a que corresponde. En descargo de tal osadía no haré más que invocar el carácter representativo y general que reviste la vida del joven estudiante balear con respecto al problema, no resuelto todavía, de la pedagogía española y de la alta investigación; su interés histórico en cuanto a las instituciones culturales de Catalunya y el encanto poético de aquella juventud atraída por la gloria y finalmente victoriosa y triunfante en el escenario más espléndido que nunca se haya abierto a la ambición de los predeterminados.

Mateu Orfila i Rotger nació en Mahón, como se ha dicho, el día 24 de abril de 1787. Su abuelo había sido labriego; su padre era negociante con aquella forma de comercio, no del todo desaparecida de nuestras ciudades marítimas, que comprendía la tienda de abarrotes y telas, el almacén, el pequeño Banco y el fletamento, cuando no el patronaje de embarcaciones de cabotaje. Frecuentísimas eran en mi infancia, en Mallorca y en Menorca, estas tiendas de *patrones* que navegaban ellos mismos en sus jabeques o polacras, y aun hoy se encontrarían repetidos ejemplos. Los padres de Orfila gozaban, pues, de un buen pasar, además de una ventajosa consideración social por su seriedad y honradez. De los hijos que tuvieron no vivieron sino tres: Mateu, una hermana llamada Bàrbara y otro hermano que se llamaba Antoni, más tarde secretario o apoderado del duque de Osuna, y varias veces diputado en las Cortes españolas del pasado siglo. Se dice que su padre era muy bueno pero severo y poco comunicativo, mientras que su madre tenía un espíritu delicado, lleno de ternura y de inteligencia. Y todo el esfuerzo de estos padres se concentró en la educación y enseñanza de los hijos, hasta donde alcanzaron los medios propios y las posibilidades de su pequeña isla.

Cuenta Orfila que, de los siete a los trece años, aprendió de letra, estudiando el latín con un Padre Francesc, fraile menor, terrible gramático, pero nada más que gramático. Lo que les enseñaba lo aprendieron sólidamente, pero ni tan sólo pasaron más allá del libro I de Virgilio. Sus catorce o quince compañeros de escuela hablaban y discutían en latín, pero no recibieron ni una mala noción de historia, de griego, de geografía, de matemáticas. Y ahora debo añadir, por mi cuenta y en relativo descargo de nuestra incuria nacional, que no todo era debido a España y a los españoles en tal desorden pedagógico: Menorca durante todo el siglo XVIII fue extranjera, y no quedó restituida a España, de una manera definitiva, sino en virtud del Tratado de Amiens.

El niño Orfila descolló muy pronto por su precocidad y viveza de percepción; y cuando apenas había cumplido trece años se le hizo sostener, con gran solemnidad, unas conclusiones públicas en la iglesia de San Francisco, en defensa de esta tesis, realmente digna del doctor Pangloss: *Impossible est idem simul esse et non esse*. Atacáronlo valientemente los más formidables sofistas de Menorca; pero él, intrépido, dio razón de todos, y sus entine-mas y silogismos no tuvieron escapatoria. “No obstante —escribe cerca de cincuenta años después, contando este primer triunfo— yo ya sentía entonces la existencia de otro mundo que tenía gran prisa en recorrer: *el mundo de los hechos y de las cosas positivas*”. Y aquí está, netamente formulado, todo el conflicto en que se encontró su derecho instinto científico respecto del medio nacional en donde se había de desarrollar.

No tardó en tener entre sus manos la llave de su liberación; y no fue otra que la posesión perfecta de dos idiomas extranjeros: el francés y el inglés, que lograron convertirle en un resuelto autodidacta. Un sacerdote languedociano, de los innumerables que la Revolución Francesa, en los días trágicos del 93, desplazó a Catalunya (2), no se detuvo hasta Mahón y allí fue recogido en casa de Orfila, en donde le enseñó el francés, con acento de su tierra, pero lo bastante para que se le tomara como un gentilhomme del Mediodía.

Este santo eclesiástico demostró una cordial afección a su tierno discípulo de nueve años, y murió en su misma casa el año 99. Entonces se le buscó sustituto, otro sacerdote, irlandés esta vez, que también corría por Menorca: el Father John, quien en dos años le enseñó la lengua inglesa, aunque con la peculiar pronunciación de Hibernia, su patria.

En seguida quiere Orfila empezar el estudio de las matemáticas y a fuerza de fuerzas, “en un país tan atrasado”, se encuentra un preceptor capaz de enseñarle la aritmética hasta los logaritmos, el álgebra hasta las ecuaciones de primer grado y los elementos de la geometría. Se pone a estudiar arduosamente; no ha cumplido aún los catorce años y tiene la pretensión de hacerse maestro él mismo, dando lecciones a sus propios amigos y condiscípulos, por aquello de que *fabricando fit faber*. También adquiere entonces las primeras nociones de navegación y cosmografía: su padre ha resuelto dedicarlo a la carrera de náutica y prepara sus primeros viajes de agregado. Y al mismo tiempo aprende música, bajo la férula de un sacerdote violento y repulsivo, que no logra hacerle entender el valor de las *blancas* y de las *negras* por sistema memorista ni a fuerza de palmetadas y regaños. Y hé aquí que un día el doctor Siquier, médico de Mahón, sumamente ilustrado, llama a su casa a aquel niño tan despierto y, en un momento, le inició en el secreto del compás y de la medida. Tomando un listón como de un metro de largo, lo dividió por la mitad, y cada una de las mitades la dividió después en otras dos, y así sucesivamente. Fue, para aquel niño, una revelación: todo se le aclaró de súbito y para siempre, mediante un método racional y de experiencia. Por cierto que no fue éste el único servicio que debía agradecerle al doctor Siquier. El padre de Orfila, irritable e irritado un día por no sé qué travesura de su hijo, lo castigó corporalmente, con excesiva violencia. El pobre niño se durmió llorando y sollozando, y a la mañana siguiente, al levantarse, tartamudeaba de una manera horrible. Lejos de pasarle este accidente, se hizo más intenso en los días sucesivos, de modo que el padre no tenía consuelo y toda la familia se mostraba alarmadísima. Entonces aquel médico, tan suave como juicioso, le aconsejó que hicieran entrar a Mateu en la *Capella* de la iglesia y lo hicieran cantar; a

los ocho meses la curación podía darse ya por absoluta; y medio siglo después, al recordar Orfila que la mayor parte de sus éxitos en París los debía al profesorado y a la excelencia de su dicción, tributa, conmovido, a la memoria del viejo amigo inolvidable, ya de tanto tiempo partido hacia el reino de las sombras, “el más puro testimonio de respeto y reconocimiento”. Fue por aquellos días también que Orfila compuso una *misa* a tres voces, ejecutada en Santa María la Mayor, y que sus compatriotas lo tomaron por un nuevo Haydn o Mozart, según cuenta él mismo, no obstante tratarse de una obra informe y como de quien no tenía ninguna idea de la composición. Esta sospecha de que su verdadera vocación fuese la música, lo persiguió siempre, tanto por sus dotes de cantante como por muchos otros indicios. Años después, en París, cuando ya contaba veintitrés de edad, consultó un día al doctor Gall, sin darse a conocer, sobre unas fuertes palpitaciones que padecía entonces. “*Vous êtes né musicien*, —fue la respuesta—, *modérez votre ardeur pour la musique et vous guérirez!*”

En esto llegó el momento de cumplir la voluntad de su padre y hacer prácticas de piloto. Contaba ya quince años, cuando por el mes de junio de 1802, emprendió su primer y único viaje, a Alejandría a bordo de un bric, que tocó en Alger, Túnez y Trípoli y llegó allá al cabo de cuarenta días. En Alejandría permanecieron anclados tres meses, pero Orfila, que no tenía otro gusto que el de la lectura, apenas saltaba a tierra. Salieron el primero de septiembre con dirección a Sicilia, con un cargamento de trigo, pero ocurrieron tan fuertes temporales, el mareo le atormentó de tal manera y fue tan inminente el peligro de estrellarse sobre la costa de Candía, que allí mismo quedó fijado, para siempre, el rumbo de su vida: renunciaba a ser piloto y se haría médico. Pero no acabaron aquí las vicisitudes de aquel viaje: cerca del estrecho de Mesina fueron apresados por un corsario, con el terror consiguiente para una tan tierna criatura. Toda la tripulación del bric tuvo que pasar a bordo del barco pirata, entre un diluvio de amenazas y reniegos de aquellos facinerosos, de entre los cuales sobresalían expresiones tan pintorescas y tan poco tranquilizadoras como *empaler*, *tagliar testa* y otras exquisiteces de la lengua franca del Mediterráneo. En medio de tales angustias ocurre que uno de aquellos malcarados se le acerca y le dice al oído, con puro acento menorquín: —“¿Qué tal te va, Orfila? ¿Y tu padre?”. Salido de semejante sorpresa, reconoció en el interpelante a un paisano suyo a quien el padre del propio Orfila había prestado, tiempo atrás, un favor señaladísimo; y tanto lo recordaba el renegado, que añadió: —“No tengas miedo; soy el segundo de a bordo, cuñado del arráez, y voy a demostrarte que el oficio de corsario es compatible con el sentimiento de la gratitud”. Dicho y hecho: quedaron libres por un pequeñísimo rescate, fueron restituidos a su nave propia y siguieron hacia Palermo para tomar un cargamento de madera. De aquí pa-

(2) Véase, entre otras, la obra documentadísima de l'abbé Jean de Contrasty: *Le clergé français exilé en Espagne*. Toulouse, 1910.

saron a Nápoles, y el Vesubio y la bahía espléndida, y Portici, Pompeia, Castellamare, Meta, Sorrento, Puzzole, Cuma y el cabo Misseno hicieron sentir al jovenzuelo la impresión que los sitios famosos y los lugares ennoblecidos por la gloria dejan en el alma de los elegidos por ella. De Nápoles fueron a Cagliari y de Cagliari a Mahón, en donde fondearon nueve meses después de la salida.

En este punto comienza la verdadera orientación científica del joven balear. Obtenido el beneplácito de su padre, se preocupa inmediatamente en organizar sus estudios preparatorios del ingreso a la Facultad de Medicina. Una feliz circunstancia vino en ayuda de tal propósito. No se sabe qué acontecimiento —dice en sus *Memòries*— trajo a Menorca a un hombre de origen alemán, joven aún, “de facultades extraordinarias y sólidamente instruido”. Suave, amable, de buenas maneras, gran músico y pianista, que hablaba, además del idioma propio, inglés, francés, italiano, español, “había venido a habitar una roca pelada y estéril”. Durante diez y ocho meses dio —a Orfila y a sus camaradas los hermanos Roca y Pau Mercadal— lección de matemáticas, física moderna, historia natural y lógica. Aprovecharon el tiempo de una manera prodigiosa; Orfila se inició en el sentido de la nueva ciencia experimental y se encontró más preparado para sus cursos médicos. Después de algunos años de residencia en Menorca aquel extranjero se trasladó a Barcelona, en donde vivió mucho tiempo; y, en definitiva fijó su residencia en Mulhouse “en donde ocupa todavía —dice Orfila al redactar sus recuerdos— un puesto de regente en el colegio”. Y añade seguidamente: “Fui muy feliz en el año 1840 —es decir, treinta y ocho años después— al ver de nuevo en París a este maestro estimado y poderle demostrar toda mi gratitud inalterable”.

Y si ahora se quiere saber quién era el misterioso personaje, me es fácil satisfacer vuestra curiosidad, añadiendo que no es por este sólo servicio que se relaciona con la historia de nuestra cultura. Se llamaba Carles Ernest Cook y fue uno de los cinco beneméritos fundadores de *El Europeo*, signo, en Barcelona y en toda España, del despertar romántico y patriótico. Cook firmaba, juntamente con Aribau y López Soler, Moteggia y Galli, la famosa *hoja-prospecto* de octubre de 1823 y era el autor de casi todos los trabajos científicos que, entre los de literatura, crítica y filosofía, aparecieron en aquella publicación, todavía hoy más citada que bien conocida. Así, pues, juegan los azares y las casualidades en el proceso de la historia y así vienen a tejerse y trenzarse lo individual y lo fortuito en la trama de la vida, que corre y corre a la eternidad.

En septiembre de 1804, se fue Orfila a Valencia y se matriculó en el primer curso de Medicina de aquella Universidad. Empiezan aquí a ser de gran interés las noticias y observaciones que respecto de la enseñanza y sus métodos contienen las *Memòries* y distintas cartas del joven menorquín dirigidas a

su familia (3). Los estudiantes de aquella Facultad eran unos setecientos a ochocientos; los de primer curso sumaban como dos centenares. Orfila estudiaba química con el doctor Pizcueta e historia natural con el doctor Soriano. La enseñanza de este último le pareció suficiente, mas no así la de la química. No obstante —y siguiendo siempre las *Memòries*—, el doctor Pizcueta era un hombre notable y de inteligencia distinguida, un práctico consumado; pero los reglamentos, por inverosímil que ello parezca, le obligaban a profesar —y esto nada menos que en el año 1804—, según un libro de Maquer en el cual todavía “se leía que *el aire y el agua son dos cuerpos elementales*”. Por ese hecho puede juzgarse de todo lo demás. Desde este momento, fija la atención en las explicaciones del catedrático solamente lo necesario para asegurarse el curso, y decide estudiar por su cuenta. Adquiere los libros originales de Lavoisier, de Berthollet, de Fourcroy, y convierte en pequeño laboratorio su cuarto de estudiante. El ardor con que se entrega al trabajo y a la lectura hace que desde noviembre de 1804 hasta junio del año siguiente no duerma más de dos o tres horas por día: el *sereno* del barrio llamaba a medianoche a la ventana del entresuelo, encendía el fanal a la candela de Orfila, quien se acostaba; y otra vez a las dos o antes de las tres, volvía a llamar y le daba la luz a él. Los adelantos fueron extraordinarios y la ocasión de demostrarlos no tardó en presentarse.

Por aquel tiempo la Universidad de Valencia, en virtud, precisamente, del carácter ergótico y anticuado de sus enseñanzas, fue acusada de inutilidad y amenazada de extinción por la minoría de espíritus selectos que, contra toda especie de obstáculos, sostenía en España, como hoy mismo, la corriente salvadora y regeneratriz de los altos estudios. Con el fin de contrarrestar estos peligros, el claustro acuerda organizar para fin de curso una prueba extraordinaria entre los alumnos de primer año, y acuerda también que sean invitados al acto los primeros sabios de España y que ellos juzguen. Y así sucedió, en efecto. Los alumnos elegidos para la demostración fueron Josep Menchero, Vicent Ferrer y Mateu Orfila. La sala ofrecía un aspecto imponente, llena de público, de condiscípulos, de notabilidades. Actuaron de jueces don Juan Sánchez de Cisneros, discípulo del famoso Fourcroy; don José Prado, cirujano militar, muy versado en química y don Isidro Millet, también discípulo de Fourcroy y que había servido como farmacéutico en los ejércitos de Francia, y no procedentes ninguno de ellos de la Universidad valentina. El ejercicio consistía en tres lecciones de una hora cada una, con las impugnaciones correspondientes. El éxito de

(3) Véase: Cartas sobre el estado de la instrucción pública en España, pub. en el periódico médico *El Regenerador*, Madrid, t. I, 1840, del mismo Orfila; y de Fajarnés y Tur, Una carta inédita de Orfila, Bol. de la Sociedad Arqueológica Lullana, Palma, t. VII, pág. 357-59, 1898; Un período interesante de la vida de Orfila, Bol. de la Soc. Arqueol. Lullana, t. VIII, pág. 85-86; Manuscritos inéditos de Orfila, Revista Balear de Ciencias Médicas, t. XVI, pág. 361-363, Palma, 1899.

Orfila fue extraordinario. Dio prueba de conocimientos tan vastos, desarrolló los tres temas con tanta gracia y talento, deduciendo aplicaciones a las otras ciencias y a las artes, analizando hipótesis, respondiendo a todas las dudas, que no sólo se le consideró digno del premio, sino también de una inserción especial en los periódicos de España —nuestro *Brusi* [Diario de Barcelona] la publicó— y de una inscripción en la propia Universidad, con el lema: *Matheo Orfila, victor*, que perpetuase el recuerdo de la memorable sesión.

Aquel día fueron todo aclamaciones, enhorabuenas y hasta muestras de extrañeza de los mismos profesores, que no sabían cómo se las había arreglado Orfila para adquirir unos conceptos tan nuevos y sólidos. Mas, para que no faltara ninguna nota representativa en este retablo de la vieja cultura, al día siguiente fue citado por el Inquisidor decano, que lo era don Nicolás Lasso. Había sido acusado de sostener opiniones heterodoxas, y un compañero le previno, además, de que corrían malos vientos para él y que si no salía de Valencia moriría asesinado. El Inquisidor Lasso lo recibió muy bien: era un eclesiástico, de cerca de cincuenta años de edad, alto, de magnífico porte, de maneras nobles y selectas, y tampoco le faltaban talento ni instrucción. “Has tenido un gran éxito —le dijo— y yo te he aplaudido de todo corazón, tanto más cuanto que estimo en mucho a la juventud que trabaja. ¿De dónde vienes, quién eres y cuáles son tus propósitos?” Estas palabras tranquilizaron al interpelado que respondió con gran aplomo y en conciencia; y entonces, respecto al origen extranjero de los conocimientos que había expuesto sobre la antigüedad del mundo y la teoría de la creación, fue leal y explícito. El Inquisidor, lejos de enfurecerse, se levantó y tomándolo del brazo, lo condujo a otra habitación, en donde estaba su hermosa biblioteca, y le indicó con un dedo unos lomos rotulados: d’Helvetius, Voltaire, Rousseau... “Vete, joven, —dijo, para terminar—, sigue tranquilamente tus estudios; honra a España y no olvides que hoy en día la Inquisición no es en este país ni tan rencorosa ni tan bárbara como se dice”. El joven se despidió y corrió a su casa, y se apresuró a escribir a su padre diciéndole: “Padre, mañana salgo para Barcelona; aquí perdería el tiempo; la anatomía se enseña por los elementos de Heister, sin ver un cadáver; la medicina, recitando el Boerhave, sin ver un enfermo...”. Y, tal pensado tal hecho; vino sin más dilaciones, a la capital de Catalunya, donde sabía que los estudios eran entonces infinitamente más sólidos y seguían por muy distintos caminos que en Valencia.

Y ahora, señores, después de este cuadro de la Universidad española del siglo XVIII, que es exactamente la misma descrita por Torres Villarroel en su autobiografía o por el fabulista Iriarte en su conocida *Macarrónea*, permitid que interese especialmente vuestra atención y patriotismo sobre una

pintura más halagüeña: respecto de lo que Maten Orfila encontró en Barcelona y sobre la parte decisiva que Barcelona y la nunca bastante alabada Junta de Comercio tuvieron en la vocación, en los medios y en la brillante carrera científica de aquel hombre eminente.

El desastre de la guerra de Sucesión, no hay que recordarlo. Después de 1714, Catalunya cae en una postración sin ejemplo. Si pudiera hablarse de pueblos que, como los individuos, a consecuencia de un vuelco formidable, o de un infortunio pavoroso, pierden la razón y se tornan imbéciles o quedan paralíticos, éste sería el caso de nuestra patria, desde el 11 de septiembre hasta el reinado de Fernando VI y aun de Carlos III. Suprimidas sus Universidades y enseñanzas, como casi todas sus instituciones seculares, y reducidas al Estudio de Cervera como premio de la desertión pasada, como instrumento de desnaturalización y de impulso asimilista, la misma barbaridad de esta *razzia* había de convertirse, tarde o temprano, en fuente de salud y dejar el campo raso y abierto a la reforma, mejor dicho: a la reconstrucción de raíz, sin obstáculos, sin rutinas ni estados posesorios que la estorbaran. Surgió una nueva generación; los hijos de Felipe V olvidaron poco a poco el rencor de su padre y se resolvieron a ensayar una política de fomento y atracción que coincidía, desde arriba, con las corrientes restauradoras que venían desde abajo; de las entrañas mismas de Catalunya. Toda una serie de organismos, reformas y leyes, todo un utilage económico y docente aparecen entonces, alimentados por la savia nueva del experimentalismo y del progreso material.

Y la señal del despertar, señores, vino a darla esta benemérita Junta de Comercio de la cual, con tanta elevación y patriotismo, os habéis declarado sucesores vosotros, aceptando su onerosa pero sagrada herencia. El año de 1758, ennoblecido con su fundación, es una fecha de oro en los orígenes de la Catalunya moderna; y, desde ese instante, la resurrección se manifiesta en una serie de apariciones y acontecimientos gloriosos: en el año 1760 se fundó el Colegio de Medicina, alejado de los viejos moldes escolásticos; en el año 1770 surgen la Academia de Ciencias Naturales y Artes y la Academia de Medicina y Cirugía; en el año 1777, la Academia de Jurisprudencia; y mientras se ponen los cimientos del actual sistema arancelario y se regula la extinción de las deudas del antiguo *Consell de Cent* (*Consejo de Ciento*) que ahogaron al Principado, se le abre, por fin, en el año de 1778, el comercio de América, y la Junta no descansa un momento, introduciendo enseñanzas, fundando estudios, enviando pensionados, dotando cátedras por donde entró a Catalunya el movimiento científico moderno y, casi de una vez, el *novum* y el *novissimum organum* de la investigación europea; promoviendo investigaciones documentales y, en fin, invirtiendo más de diez y ocho mil duros, cantidad fabulosa por entonces y crecidísima todavía hoy, en la sub-

vención y publicación de las monumentales *Memorias* de Capmany sobre la marina, comercio y artes de Barcelona, libro que, levantando el inventario de las antiguas glorias, levantó el espíritu de Catalunya y le devolvió la perdida noción de sus destinos y de su potencia para conseguirlos de nuevo.

Tal era, señores, el momento y la generación que había de encontrar aquí el estudiante de Menorca: una generación hoy mal conocida aún porque *construía en silencio* y hablaba poco de sí misma, porque invertía todo su tiempo en hacer y no en teorizar propósitos ni en proyectar ciudades de verbalismo; una generación que orientó a Orfila, lo fortaleció y lo lanzó, por último, a las regiones supremas del pensamiento universal. Y ahora, veamos cómo se expresa él mismo, no sin recordar que escribía estas confidencias a distancia de medio siglo y en plena celebridad, después de haber sido por más de quince años Decano y reformador de la primera Facultad de Medicina del mundo, y de haber pasado por las más altas instituciones docentes de la tierra:

“Apenas llegado a Barcelona —dice textualmente— trabé conocimiento con el sabio profesor Carbonell (quien explicaba la cátedra de química, creada por la Junta) y de muchos otros hombres distinguidísimos, como Ametller, Saint-Germain, Cano, Vieta... Poco después, yo asistía a los cursos del Real Colegio, y allí vi profesar ni más ni menos que como hoy se practica en Francia: todo lo que era susceptible de ser aclarado por la experiencia o con la ayuda de demostraciones se enseñaba de esta manera, sin omitir requisito alguno. Carbonell y Bravo era un hombre de un entendimiento justísimo y extraordinariamente preparado, y profesaba la química experimental —por cierto, añadido yo, que una de tales experiencias le costó la pérdida de un ojo—; enseñaba la química con un lujo y una minuciosidad de los cuales no puede tenerse idea. En los anfiteatros de anatomía podía entregarme a las más fructuosas disecciones; en los hospitales, las clínicas eran hechas con todo aquel cuidado e inteligencia que la materia requiere; y, en una palabra, podía aprovecharse el tiempo en gran manera, como yo lo aproveché. Fue en Barcelona —continúa— en donde encontré todo esto y en donde vi por primera vez a los estudiantes de medicina sometidos a un verdadero y escrupuloso *examen de fin de curso*, y sus nombres puestos en el tablón de edictos con indicación de las *calificaciones* correspondientes. Y se verá más adelante cuántas de estas *medidas o prácticas tan útiles* FUERON ADOPTADAS EN FRANCIA bajo mi administración y Decanato de la Escuela de Medicina”.

Señores, yo señalo a vuestro sentimiento de patriotismo, a vuestro orgullo de catalanes, la solemnidad de este testimonio. Lo escribió en París, a mediados del siglo XIX, jubilado después de una carrera brillantísima, el padre de la Toxicología moderna, el fundador del Museo Dupuytren. Al

leerlo por primera vez, se me llenaron los ojos de lágrimas; mas no lágrimas de afrenta como tantas que hoy se lloran en silencio, ante el menosprecio de los extranjeros, sino de gozo y exultación muy explicables. Aquellos hombres trabajaban seriamente, iban en derechura a la normalización científica de España y llegaban ya a algo que hoy nos parece inasequible: la colaboración y la influencia en la obra del progreso universal. Yo os pido para ellos la más férvida, la más cordial demostración de vuestro entusiasmo y de vuestra gratitud.

Cerca de dos años pasó en Barcelona el futuro doctor Orfila y hubiera estado hasta terminar la carrera si no hubiese venido a desviarlo de tal propósito el venturoso acontecimiento que se explicará. Aquí contrajo hondas amistades; aquí comenzó a lucir sus condiciones mundanas de trato y figura, que tanta parte tuvieron en sus éxitos de París; aquí consolidó su espíritu con la rigurosa disciplina del trabajo científico y lo adornó con las gracias y seducciones del arte. Porque en distintos pasajes de las *Memories* inéditas no se cansa de ponderar el gusto de Barcelona por los buenos espectáculos, ni de proclamarla una de las ciudades más musicales del mundo. Los adelantos de Orfila en la flauta fueron extraordinarias y muy pronto aplaudidos en saraos y tertulias; aprendió también la guitarra, con la solidez que ponía en todas sus cosas, bajo la dirección de un maestro ciego, cuyo nombre no cita, pero de quien habla como de un músico eminente y prodigioso; y comenzó, por último, la educación de su voz que, según el unánime parecer de sus contemporáneos, lo convirtió en el *primer barítono del mundo*.

Y ahora, por más que abuse de las digresiones, no puedo resistir al deseo de contaros uno de tantos pequeños episodios de amenidad como esmaltan estas *Memories* extremadamente agradables y sabrosas. Explica Orfila la impresión que le produjo el Teatro de la Santa Cruz, en la primera función a que asistió. Representaban *La molinara astuta*, ópera de Paisiello; y la voz angelical de la “bufa” o *prima donna*, sus prodigiosas escalas y gorgeos o *petites roulades*, como él escribe, lo dejaron encantado, fascinado. Toda la noche la pasó en su casa tratando de repetirlos él mismo, venciendo las mil dificultades que ofrecían y vocalizando a media voz para no molestar a sus vecinos ni a los compañeros de pensión. A la del alba, a las cinco de la mañana, sube a Montjuïc; deja, por primera y única vez, la visita del Hospital y continúa como un loco, en la soledad de la montaña sus dificultosos ejercicios. A las diez tornaba a Barcelona, dominando correctísimamente aquellas *fioriture*. ¿Quién sería la cantante que de tal manera lo conmovió, y determinó una vocación tan profunda como la suya, ya que pocos años después la gran Barilli en persona cantaba duos con Orfila en los primeros salones de París? He acudido para esclarecerlo al precioso libro de Virella Casañes: *La ópera en Barcelona*, y dice, en efecto, que *La molinara*, estrenada

aquí en el año 1790, fue repuesta, unos diez y seis años después, en la temporada de 1805 a 1806; pero las “bufas” o *prime donne* eran varias. ¿Se trataría de Camilla Guidi, de Marietta Giugliani, de Luigia Fineschi? No lo sé. La casualidad o la erudición lo dirán algún día; por ahora dejémoslo en aquel margen de imprecisión que constituyen el picante y delicioso incentivo de la historia.

Decía antes que sin un venturoso e imprevisto acontecimiento, Orfila se habría doctorado en Barcelona, habría regresado a su isla, allí habría ejercido honorablemente como médico y allí habría muerto, por último, rodeado de la estimación de sus compatriotas y de una pequeña reputación local y hogareña. ¿Qué le llevó, pues, a Francia y por qué extraño sendero o astucia de la suerte fue llamado desde estas oscuridades provinciales a la región luminosa que habitó después? Esto es lo que estas *Memòries* inéditas vienen a puntualizar y revelar en definitiva, y éste el motivo de que yo me encuentre aquí, abusando, sin duda, de vuestra indulgencia. El no lo explica, él no lo dice de un modo terminante y perentorio. Ni las biografías extranjeras, porque allá no les importa, ni las españolas porque casi todas son de origen extranjero, se entretienen en averiguar estos motivos. Los artículos de las enciclopedias y diccionarios biográficos consagrados a Orfila, suelen comenzar con estas palabras: *Médecin et savant français, né à Mahon (Iles Baléares)*. . . Y hasta cuando se ha citado, alguna vez, el hecho de una pensión, ha sido vagamente y sin distinguir el carácter de la corporación que la concedió ni la finalidad que se proponía. Hoy podemos dejar sentada y resuelta para siempre esta cuestión, y proclamar que Mateu Orfila no fue a París por propio designio, ni siguiendo una ambición personal; fue un presente, involuntario sin duda, porque contaba restituirselo, pero un presente magnífico, que la benemérita Junta de Comercio de Barcelona hizo a la ciencia francesa y a la civilización.

Los elementos ilustrados en quienes, entonces, se concentraba el movimiento restaurador de nuestra tierra, no tardaron en conocer las aptitudes del brillantísimo menorquín. Al mismo tiempo, la Junta trataba de ampliar su cuadro de subvenciones y enseñanzas, enviando a Madrid, de momento, y después a París un joven a propósito para estudiar y profundizar la Química aplicada a las Artes. Dos hombres de los más influyentes en la Junta, Gassó, infatigable secretario de la misma, y el químico Carbonell y Bravo, sin vacilar, propusieron a Orfila como la más sólida de las esperanzas que ofrecía la juventud. La designación quedó hecha inmediatamente y la pensión concedida en esta forma: 1.500 francos anuales durante cuatro años, dos de ellos en Madrid, en donde Mr. Proust, contratado por el gobierno español, daba cursos de mucha fama, y otros dos en París, siguiendo los de Fourcroy. Pero el contrato tenía una segunda parte y ésta importantísima: una vez expirada la pensión,

seguidos los cursos y restituído Orfila a Barcelona, entraría a regentar una nueva cátedra de química que se creaba especialmente para él, al lado de la de Carbonell y Bravo y limitada a la indicada especialización, y que le señalaba, de momento, el sueldo de 3.000 pesetas.

He aquí, pues, una existencia desviada de su camino: suspende los estudios de medicina, prepara las maletas y las cajas de libros y se va a Madrid. Cuando llega a Madrid, Proust no está: se ha ido, enfermo, hace unos días, y ya no volverá nunca. El pensionado escribe a Barcelona, pide autorización a la Junta para seguir el viaje a París y la Junta accede. De los 1.100 francos que tiene listos para el viaje, un mal compañero le pide 1.000 para cierta urgencia. Ni en Burgos, en donde debía percibirlos, *poste restante*, ni en Bayona, ni en parte alguna los vio nunca más. Escribe a un tío suyo establecido en Marsella para que le haga entregar 300 francos a su llegada a París a cuenta del auxilio mensual que también le había fijado su padre; y, a pesar del contratiempo sufrido, el viaje fue agradabilísimo, como el de quien iba de cara a la ilusión, a la esperanza y a la juventud con la más bella compañía: dos médicos muy amables, un abogado distinguido y, sobre todo —añade—, “una dama joven y de rara hermosura en la cual *l'esprit* rivalizaba con la gracia y a quien mi acento de matiz provenzal la divertía mucho; su charla alegre y picante me hizo olvidar el enojo y la fatiga de un viaje de diez días”. Por fin, el lunes, día 9 de julio de 1807, a las siete de la mañana, bajaba del vehículo, *rue de Nôtre-Dame des Victoires*, aquel joven que venía de lejanas tierras destinado a conquistar la capital del mundo. En aquel momento le quedaban en el bolsillo *cincuenta céntimos* por todo capital. ¿Qué representaba esto ante su gozo de vivir? Encontró los 300 francos de su tío, el banquero de la Junta le adelantó el sueldo de un mes, y pudo ya hospedarse por pocos días en uno de los grandes hoteles de la calle de Richelieu y entregarse a la fiesta, que para los ojos y para el alma, le fue el espectáculo de la inmortal *Lutetia Parisiorum*. “No podría explicar —dice— la impresión deleitosa que recibí, en uno de los más bellos días del año, el concurso inmenso de hombres y mujeres que iban y venían por aquella calle, el rumor de los innumerables y brillantes vehículos, los almacenes preciosamente adornados. . .”. Y no sé por qué la exultación de esta entrada, y esta nota femenina, y este grito de júbilo escolar me traen ahora a la memoria, aquella otra *arietta* de juventud que, cuatro siglos antes, al describir también la entrada a París, y en uno de los monumentos de la antigua poesía catalana —el *Llibre de les dones* o *Spill*— trataba Jaume Roig de esta manera:

*En lo gener,
una polida,
galant, ardida,
gentil burgesa
flor de bellesa
de tot París...*

Mas esta embriaguez no podía durar mucho: el trabajo se imponía. La Junta había dado a Orfila carta de presentación para otro pensionado suyo: el pintor Lacoma, quien podría acompañarlo y guiarlo durante los primeros días. Lacoma habitaba en la calle de Orleans, cerca del Jardín de Plantas; quiso Orfila, con la petulancia propia de los inexpertos, ir a pie y solo; se extravió y al cabo de cinco o seis horas encontró al fin la casa de su compañero, y llega a ella rendido y extenuado. Sólo tuvo aliento para entregar la carta a Lacoma y para pedirle permiso de tumbarse sobre una cama. Durmió tres horas y, al salir de la alcoba, restaurado y fresco, los dos pensionados se abrazaron estrechamente y sellaron una amistad que había de ser eterna. En la mañana siguiente, Orfila se mudaba a una casa próxima, *rue de Copeau*; y este mismo día fue presentado a dos hombres eminentes que tanto habían influido antes y tanto habían de influir después en su vida: eran Fourcroy y Vauquelin.

Ahora habría de deciros no pocas cosas de este Lacoma, unido desde ese momento de una manera tan estrecha a la biografía del egregio mahonés, como que habían de compartir las mismas adversidades, tal como habían compartido antes las ilusiones y el peculio. Sin duda de origen menestral, su nombre completo era Francesc Lacoma i Sans, y presentaba aquel tipo de obrero catalán inteligente y de gran fuerza asimiladora, que pasa del trabajo manual al artístico puro, y sigue conservando después la solidez y el espíritu de perfección. En los registros y matrículas de Llotja (Lonja), según notas que debo a la bondad del señor Rodríguez Codolà, figura desde 1795 hasta 1801, premiado unas veces como *dorador*, otras como *pintor de coches y charolador*, otras como *pintor de flores para estampados*; y de todo esto participa el objeto de la pensión que le fue concedida en el año 1803 para ir a Madrid y el año siguiente a París, en donde aún en 1807 lo encontró Orfila. “Dotado —dicen las *Memòries*— de una figura dulce y hermosa a la vez, de un juicio seguro y de un talento de los más notables para la reproducción de vegetales, Lacoma nunca conoció el odio; se convertía en el amigo cordial de quienes se le acercaban y su alma, pura como el cielo, jamás dio refugio a la envidia ni a la intriga”.

Bajo estos auspicios da comienzo Orfila a sus estudios en París. Se encamina diariamente al Jardín de Plantas, en donde encuentra a su amigo entregado a la copia de curiosos ejemplares, y sigue el curso de botánica con Desfontaines, el de mineralogía con Haüy, el de química con Laugier. Muy pronto da a conocer sus grandes disposiciones. Haüy, “este sabio tan ilustre como espiritual”, quiere distinguirlo y le da una clase especial de cristalografía; Vauquelin lo admite en su laboratorio y muy pronto le encarga la preparación de las lecciones, como ayudante de Dubois. El maestro de todos, Fourcroy, resuelve explicar seis o siete

lecciones extraordinarias de química animal y también hace prepararlas al joven pensionado de la Junta de Barcelona. Nada iguala a “esa palabra fácil, elegante y sugestiva” que nuestro compatriota tomó por modelo de explicación académica; nada el entusiasmo del auditorio que, sin sospecharlo, lo escuchaba por última vez. Cada día Orfila estudia unas cuantas horas en los museos y colecciones; y tan pronto como Lamarck, Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire dan comienzo a sus cursos respectivos, él llega a ser el discípulo más solícito. Durante el invierno de 1807 a 1808 se le presenta una ocasión propicia de ensayar sus dotes de profesor: M. Barrat, rico propietario de la calle de Bach, había instalado, como aficionado, un buen laboratorio con toda clase de aparatos y máquinas, y le propuso dar un curso de física y química, en el cual repetiría los principales experimentos que había visto en el Colegio de Francia. Su acento se había depurado, hablaba con fluidez, y todas las tardes, de cuatro a cinco, desarrollaba la correspondiente lección. ¿Cuál no fue su sorpresa, un día, mientras explicaba, al ver entrar a MM. Fourcroy y Vauquelin en persona? Suspende la clase, el auditorio se levanta y, a ruegos de aquellos dos eminentes maestros, se ve forzado a continuar la lección —trataba aquella tarde de la *electricidad animal*— que le valió las más vivas felicitaciones.

Todo era, pues, de color de rosa, en su vida: el presente, el porvenir, la cátedra y el prestigio que le esperaban en Barcelona, cuando, bruscamente, llega una noticia fatal que los deja anonadados y sin poder articular palabra: es el 2 de mayo de 1808. Murat acaba de asesinar a los patriotas de Madrid, sublevados contra la perfidia de Napoleón, contra la ineptitud y la bajeza de nuestra propia Corte que la habían posibilitado. Y los arcabuzazos del Prado y la Moncloa dan la señal de iniciación de una guerra de independencia crudelísima y durable, que debía arrastrarlo todo: riqueza, prosperidad, Junta de Comercio, subvenciones, cátedras, regeneración científica. Pasaron aquella noche en vela los dos camaradas, Orfila y Lacoma, hondamente afectados por el desastre de su patria más aún que por el propio. Comprendieron lo que les venía encima: la incomunicación con España, el alzamiento general, la retirada de subvenciones y la bancarrota de los negocios. La realidad se les impuso y llegó la hora de las resoluciones supremas. Entonces fue cuando Orfila aconsejó a su amigo que abandonara la pintura de flores, cultivada por cuenta de la Junta, y emprendiera la de retratos, que podía darle un medio de vida. En cuanto a él, se dedicaría a la enseñanza de todo lo que se presentase: música, idiomas, ciencias. Consultado su tío de Marsella, recibe carta de él en la cual promete enviarle cien francos mensuales por cuenta de su padre, mientras pueda proporcionarle este dispendio. A la mañana del día siguiente abandona el estudio de la historia natural, deja el Jardín de Plantas y la *rue de Copeau* y se va a vivir cerca de

la Escuela de Medicina, con el fin de continuar los cursos de esta carrera, abandonados ya en Barcelona, con motivo de la pensión y la perspectiva de la cátedra. Todo parece resolverse poco a poco: Lacoma comienza a pintar retratos, y se estrena con el de Orfila para terminar siendo el retratista obligado de la familia real y de la sociedad más distinguida de Madrid; el estudiante menorquín se muestra resignado a su nueva suerte, cuando, a últimos de septiembre, llegan otras noticias de España que vuelven a llenarlos de inquietud.

Se trata del inesperado desastre de Bailén, de la rendición de Dupont, de las victorias del Bruc. Napoleón está irritadísimo contra los españoles, que por primera vez han detenido su estrella, y se habla de medidas rigurosas contra los que viven en París. El horizonte se oscurecía por todas partes, mientras “nosotros —dice— estábamos consternados a la vista de los horrores que pesaban sobre nuestra patria bienamada que nada había hecho para merecerlos”. El nombre de Talleyrand, añade, era sagrado para nosotros, sólo por haberse opuesto a los temerarios designios del Emperador. Y ocurre que Joseph Bonaparte deja a Nápoles y se va a España, a ceñirse la corona. Invitados por el príncipe de Masserano, embajador de España, se nos exige un juramento de fidelidad al nuevo monarca, condición previa para ser tolerados en París; mal informados de lo que ocurría “y no sin repugnancia —continúa, textualmente— llenamos esta formalidad oficial del día 5 de octubre de 1808”.

De la embajada son llevados a la Prefectura de Policía, a registrar el juramento y recibir una carta de seguridad. Desde mediodía hasta las cuatro corren de negociado en negociado, en busca de firmas, notas y sellos, y después se les hace entrar al despacho del Prefecto, M. Vera, quien los recibe sombrío y duro. “Conducid estos señores al número 6”, dijo a uno de sus ordenanzas. Llegados al número 6, el agente los deja allí y, por todo consuelo, pronuncia estas palabras: —“*Messieurs, vous êtes en prison...*” —“*Je ne le vois que trop*”, contesta Orfila, y quedan encerrados, abandonados, silenciosos. Más tarde consiguen que se les traiga la cena de un restaurante próximo y que se les deje escribir unas cartas a sus amistades. A las cinco de la mañana se abre la puerta y entra un nuevo detenido, que empieza a renegar contra el emperador y sus satélites. Los dos catalanes conocen la maniobra: es un *mouton* o espía carcelario, supervivencia de las prisiones del terror, que no consigue sacarles una sola palabra comprometedora. Por último, a las ocho de la mañana, Orfila es conducido al despacho de M. Vera, a donde entra tembloroso. Mas, ¡imaginad qué alegría! Las cartas habían producido su efecto y ya encuentra a M. Vauquelin en persona, con el uniforme del Instituto de Francia, espada al cinto, revestido de todas sus insignias. —“*Je viens réclamer Monsieur* —dice Vauquelin—; *Je réponds de lui; il ne troublera jamais l'État; je l'emmène...*”

Y dicho y hecho: maestro y discípulo salieron de la prefectura entre abrazos, lágrimas de alegría y expresiones de gratitud al profesor venerable y tan afectuoso para él, joven y extranjero, que no tardaría en heredar su cátedra. Dos horas después, salía Lacoma; y entonces se enteraron de todo lo ocurrido: Gil, Bernardo, García (padre de la Malibran) y unos cien españoles más habían sido conducidos a la prisión en la madrugada de aquel 6 de octubre. El emperador, a caballo para ir a combatir a los austríacos, se había despedido del prefecto de policía con estas palabras que reflejaban todavía todo el escozor por lo de Bailén: “Alejad a toda prisa a los españoles que están en París; vigiladlos; no los dejéis respirar; diseminadlos uno a uno, o en grupos de dos, por los departamentos más lejanos...” Y así les ocurrió a todos los que no tuvieron un miembro del Instituto que fuese a reclamarlos y protegerlos paternalmente.

Salvado este gran escollo, su situación quedó casi normalizada. De 1808 a 1811, estudió animosamente la medicina y se graduó de doctor, mediante unos exámenes que duraron del 11 de mayo al 9 de agosto del último año mencionado, que fueron la admiración y el orgullo de la Facultad y que merecieron la más alta calificación. Boyer, Dupuytren, Récamier, Petit, Leroux, Fouquier, lo tuvieron por alumno predilecto; Roux y Marjolin, entonces profesores particulares, le explicaron fisiología y patología externa, respectivamente, y la química le fue sólidamente enseñada por Thénard. El 27 de diciembre de 1811 recibió la investidura doctoral, después de leída y discutida su magnífica tesis: *De l'Iotère*. Cuando salía de la Escuela, aclamado y felicitado por sus condiscípulos, le quedaba en el bolsillo, por todo peculio, la cantidad de *seis francos*. Su padre se había visto obligado a retirarle la pensión a causa de las grandes pérdidas ocasionadas por la guerra y sólo puso a su disposición una partida de 300 francos para que pudiese regresar a Menorca tan pronto como obtuviese el título. Al día siguiente, él le escribía dándole las gracias y devolviéndole el dinero. “Gracias —le decía—, pero yo me quedo aquí; el cielo querrá ayudarme”.

La determinación era muy peligrosa; mas en el punto que había llegado su inteligencia, preparada para la investigación y la cátedra más que para la práctica profesional, ¿podía resignarse a volver a Mahón? El día 8 de enero de 1812, y a ruegos de sus amigos y admiradores, abrió un curso de cien lecciones de química, en casa de M. Martin, farmacéutico, *rue de la Croix des Petits Champs*. Seguían el curso cuarenta alumnos, a cuarenta francos cada uno; Béclard, Edwards, Hypolite, Jules Cloquet asistían a la clase; el auditorio lo animaba con muestras continuas de satisfacción. Durante el verano del mismo año dio otro curso de química en su laboratorio particular de *Foin Saint-Jacques*, alternado con uno de botánica. Y desde ese momento hasta que fue nombrado catedrático oficial (1819) se dedicó a la enseñanza con un celo y fer-

vor extraordinarios. El anfiteatro de la calle de *Foin*, obtuvo la preferencia de París. Unas veces profesaba la química, otras la anatomía, la medicina legal o la botánica, y la concurrencia era lo bastante numerosa para asegurarle un ingreso de 8.000 a 10.000 francos por año.

Mas no por esto olvidaba sus compromisos ni los motivos que le habían llevado a Francia, y llegó, por último, el momento de demostrarlo. Acabaron los siete años desastrosos y he aquí lo que hizo inmediatamente después de la paz de 1814. "Escribí a la Junta de Comercio de Barcelona —dicen las *Memòries*— para agradecerle, de la manera más profunda y expresiva, todo lo que se había dignado hacer por mí y para anunciarle que estaba pronto a restituirme a la expresada ciudad, si persistía en crear la cátedra de química proyectada el año de 1807. Ciertamente que yo hacía con esto un gran sacrificio pecuniario, pues los emolumentos de esta cátedra no eran sino de tres mil francos anuales, mientras que lo que ya ganaba en París, entre la enseñanza particular y la clientela, pasaba bastante del doble. Pero se comprenderá que éste era mi deber, sin contar lo que también había de delicadeza en la proposición... La Junta no tardó en contestarme, con frases extremadamente doloridas, que el naufragio general que acababa de devastar a España todo lo había arrasado y destruido, tenía a la hacienda de Catalunya en estado de miseria y bancarrota tales que era del todo imposible pensar en nuevos gastos ni en la soñada obra de regeneración de los estudios; y díome las gracias, en la forma más halagadora y honrosa para mí, por el buen recuerdo que yo conservaba del precioso servicio que me había prestado al elegirme como su pensionado".

Esta es, pues la verdadera historia de la carrera de Mateu Orfila, el origen de su encumbramiento y la explicación de una pérdida tan sensible para nuestra cultura como provechosa para la de los vecinos. Ella es un título de honor para la preclara Junta y un motivo más de execración para aquella guerra inicua, que convirtió a España y a Catalunya más especialmente, en un yermo cubierto de ruinas, cenizas y huesos. Por estas razones y no otras, las enciclopedias y diccionarios extranjeros pueden hablar hoy en día del *savant français né à Mahon*, a quien no del todo renunciaron sus contrarrevolucionarios a recobrar a pesar de la impotencia en que habían caído. Las excitaciones que, desde Barcelona sobre todo, se recibían en Madrid, decidieron al gobierno a tomar una medida acertada. Ciertamente el día del año 1815, ya en plena Restauración y cuando Orfila había renunciado a volver a su patria, recibió una carta del primer ministro de Fernando VII, en la cual le hace saber que el rey lo había nombrado profesor de química en Madrid, en sustitución de M. Proust, y que los honorarios serían fijados a su llegada a Madrid. Esta noticia la dieron los periódicos de París en un momento en que

Orfila no sólo era ya una sólida reputación sino también un hombre de moda.

El mismo día su mujer —porque estaba casado con la hija del ilustre escultor Lesueur— recibió la visita de M. Lefèvre, médico ordinario de Luis XVIII. "¿Creéis —le dijo— que si le ofrecía un cargo de médico de cámara del rey, y la esperanza de ventajas más positivas, vuestro marido se quedaría entre nosotros?" Cuando Orfila devolvió la visita al doctor Lefèvre, para darle las gracias, contestó, en sustancia, que si el gobierno español aceptaba el plan de estudios químicos que él le había dirigido, se consideraría obligado, por patriotismo, a aceptar la cátedra; pero que, mientras tanto y en la incertidumbre de la respuesta, aceptaba interinamente el puesto de médico de cámara que se le ofrecía en París.

En efecto, tan pronto como recibió la carta del Secretario del Despacho, había contestado a Madrid diciendo: "Excelentísimo señor: Proust es un hombre de gran talento y un profesor distinguidísimo; los cursos que ha dado en España no dejan nada que desear; pero, aunque fueron seguidos por un numeroso auditorio, *Proust no ha sacado un solo discípulo*. Esto se debe a que la mayor parte de los oyentes eran gente de mundo que asistían a las lecciones como habrían asistido a un espectáculo... Yo aceptaría con mucho gusto la sucesión de este sabio ilustre, con la doble condición siguiente, nacida de un propósito que por fuerza habéis de considerar honorable: Primero: Cada una de las trece provincias o antiguos reinos de España enviará a Madrid cuatro jóvenes bien seleccionados que serán pensionados por ellas y seguirán mis cursos teóricos y prácticos durante tres años, por lo menos. Segundo: Al final de sus estudios, aquellos de entre todos que, después de un concurso serio, hayan sido considerados dignos de ocupar una cátedra serán nombrados inmediatamente profesores en las Academias, en las Universidades o en las poblaciones industriales y mercantiles respectivas. Estoy convencido de que adoptando este sistema dentro de diez a doce años, España no tendría nada que envidiar a las demás naciones en cuanto a química y yo podría felicitar me de haber podido prestar a mi país un efectivo y señalado servicio". Esto escribió el doctor Orfila; la respuesta del ministro fue que no le correspondía a Orfila hacer *planes de estudio*, pero que si quería aceptar sin más condiciones, podía ponerse en camino. Nuestro paisano no lo entendió de esta manera, y ya no se habló más de ello, quedando frustrada, con toda seguridad, una grande obra. París se lo hizo suyo.

Y, aquí, señores, se acaba el interés español, el interés catalán de estas *Memòries*, porque desde este momento el doctor Orfila pertenece por completo a la historia de Francia y a los esplendores de su cultura. Aquí habría de acabar, por consiguiente, esta fatigosa relación, que tanto me ha

hecho abusar de vuestra paciencia. Pero, ¿cómo resistir al atractivo de unas confesiones que, de continuo, trascienden interés científico y social, ni cómo rechazar la tentación de seguir hasta el final esta verdadera *novela de un joven pobre*, aunque no sea más que en resumen y por medio de cuatro indicaciones rapidísimas? Yo habría de hablaros, por ejemplo, de los orígenes de su obra fundamental y de cómo, por abril de 1813, un experimento frustrado que, según los libros clásicos, lo comprometió ante sus alumnos, fue la causa de descubrir el hecho primario de la toxicología y de escribir el *Tratado de los venenos* que el editor Rochard, sin conocer a Orfila sino de nombre, se apresuró a publicarlo, pagando 5.000 francos por una edición de 1.500 ejemplares y 600 francos por cada edición sucesiva. Habría de recordaros la sensación que produce esta obra en el mundo científico, los informes laudatorios con que la presentan al Instituto de Francia, Pinel, Percy, Vauquelin y Cuvier, su ilustre secretario general. Habría de recordaros sus inmediatas traducciones al inglés, al alemán, al italiano y al español, debida, por cierto, esta última a un buen amigo del autor, el doctor Larra, padre del inolvidable *Fígaro*.

Y entonces habría de deciros también cómo reemplazó a Thénard en la tribuna del *Athenée*, así como él había sustituido a Fourcroy; y cómo, finalmente, después de nacionalizarse francés, ocupó el año 19 la cátedra de medicina legal en la Facultad de París, en la que fue reemplazado por Robiquet, sin pasar en silencio el episodio íntimo de la encantadora y bellísima Duquesa de X..., una de sus oyentes apasionadas, que murió en plena juventud romántica, dejándole un recuerdo imborrable para toda la vida. Ni debería omitir tampoco sus éxitos musicales en la tertulia de la Sorbona, reunión de familias de artistas y hombres de ciencia que allá tenían habitación concedida por el Estado, “especie de república en donde reinaba la más cordial fraternidad —dice— entre personas ocupadas en trabajos que si no conducen a la fortuna, procuran por lo menos las delectaciones más vivas y aseguran la consideración de todos”. Aquí fue en donde cantaba con Mademoiselle Gabrielle Lesueur, su futura esposa, y en donde contrajo brillantes amistades. Aquí donde encontró a Neukomm, discípulo de Haydn, que tanto lo estimó. Por aquellos días la Barilli, cuyo marido era empresario de los italianos, ofreció a Orfila un contrato de veinticinco mil francos anuales en su compañía de ópera y tiempo después la Catalani, diva eminentísima también, le reiteró la oferta.

De la Sorbona, presentado por Neukomm, pasó a la casa de la princesa de Vaudemont, Montmorency de nacimiento, el más brillante y selecto de todos los salones de la Restauración. La grande y poderosa dama quedó prendada de la joven pareja Orfila-Lesueur. El afecto que los unió no se enfrió nunca; el elogio que contienen las *Mémoires*

para esta princesa de estirpe real, es calurosísimo. Nadie como ella fue tan adicto a sus amigos, sin distinción de ideas ni de opiniones políticas: Vitrolles, legitimista; La Valette, bonapartista; Fouché, el antiguo republicano, recibieron pruebas de una simpatía en extremo peligrosa muchas veces para quien la dispensaba. ¿Qué no hizo para arrancar del patíbulo a La Valette, para combinar su fuga, para dejarlo a salvo? Orfila, que lo presencié, que se encontraba con la princesa en la tarde decisiva, lo cuenta admirado y con las más tiernas ponderaciones. Fue allí donde trató los primeros personajes de la época: el príncipe de Talleyrand y sus hermanos, la duquesa de Curlande y su hija, espiritual y seductora; la duquesa de Dino; todos los miembros de la familia Caraman-Chimay, el duque de Richelieu, el príncipe de La Val de Montmorency, los príncipes de Rohan, madame de Coigny, el conde de Molé, M. de Boisjelin, M. y Mme. de Marmier. Fue allí también donde conoció a cuantas celebridades europeas pasaban por París: Wellington, Castlereagh, Metternick, Nesselrode, d'Appony, Werther; y los artistas, compositores y cantantes más eminentes: la Camporisi, la Pellegrini, la Galli (hermana del cofundador de *El Europeo*), la García Malibrán, el maestro Spontini, etc. Durante aquellos años y en aquella casa, dice Orfila, “viví entre todo lo que París encierra de más selecto y glorioso”.

Y al lado de este “salón”, otro que la inmortalidad y la tragedia revolucionaria habían consagrado dos veces: el de la condesa de Runsdorf, viuda del ilustre Lavoisier. Además de muchas de las eminencias citadas se reunían sabios y pensadores de primer orden: Laplace, Fourier, de Prosný, M. y Mme. Guizot, el duque de Broglie, Mme. Staël, M. de Saint-Aulaire, de Cazés, Laborde, Villemain, Delessert... ¿Qué no podría añadir de todos las espiritualidades, refinamientos y elegancias que contiene esta parte de las *Mémoires*? ¿Qué del viaje a Mahón, en plena celebridad, en abril de 1816, acompañado de su esposa para presentarla a sus padres y parientes? Hacía doce años que había salido de Mahón, criatura modesta y de porvenir incierto, y retornaba médico de cámara de Luis XVIII, halagado del público, de las academias y del gran mundo. Imaginad, pues, la recepción extraordinaria y la continua fiesta durante los cinco meses de vida familiar que pasó allí, entre lágrimas de ternura y manifestaciones de admiración.

No quiso excluir a Barcelona de esta exaltación de sus sentimientos y, al regreso, dedicó dos semanas a reafirmar sus antiguas relaciones, a visitar a los amigos, a los maestros, a los protectores todavía vivientes, a reiterarles el testimonio de una gratitud eterna y a revivir las horas de estudio en el Hospital y las *petites roulades* o gorgeos de *La molinara* por los caminos y senderos de Montjuïc. ¿Y después? Después, ya lo sabéis; otra vez a Francia, otra vez a la cátedra, al laboratorio, a

la investigación, a la actividad profesional y científica. Decano de la Facultad de Medicina en el año 1831 y por más de tres quinquenios, la reformó y la creó casi de nuevo, comenzando por el plan de estudio y acabando en el edificio y sus anexos, cuya capacidad cuadruplicó; y modificó desde las pruebas de fin de curso hasta las mesas de disección que —¡parece imposible!— eran todavía de madera y ofrecían un aspecto repugnantísimo; y llevó a todo, en suma, aquel espíritu de renovación y acierto práctico que la joven Escuela de Barcelona le había infiltrado para siempre, según repite tantas veces. Sus intervenciones, sus peritajes científicos, escrupulosos y llenos de probidad, hiciéronle indispensable en los momentos críticos y de duda, ya se tratara de una razón de Estado, como en el vidrioso asunto de la duquesa de Berry o de una preocupación de alta justicia como en el crimen de Mme. Lafarge. Y hasta cuando tuvo que dejar la dirección de la Facultad por giro de la política que ya anunciaba los próximos trastornos, y hasta cuando se atrajo los odios de Raspail, que quería crear una medicina democrática y para los pobres y que era, podríamos decir, el médico del 48 y de los Talleres Nacionales, como Orfila lo había sido de la Restauración y de Luis Felipe, su memoria no queda por esto menos honorable ni su muerte, ocurrida en el año 53, había de ser menos sentida. Entonces, por boca del conde de Salvandy, ministro de Instrucción Pública, quedó definitivamente vindicado de las pasajeras ofuscaciones revolucionarias y fue una serie de necrologías, recuerdos y elogios, que repercutieron también en España en prosa y en verso, en artículos de periódico y en octavas reales —por el estilo de unas que podría citar de Calvo Asensio, el farmacéutico director de *La Iberia*—, y hasta se habló de recoger fondos para levantar la estatua correspondiente. De lo que no se habló entonces, ni casi se acuerda nadie, es de la Junta de Comercio de Barcelona y del gran acierto que ésta había demostrado.

Tal es, señores, lo que el *Institut d'Estudis Catalans*, conocedor de las *Memorias inéditas* del Dr. Orfila y de las revelaciones que contienen, me ha encargado de repetir ante vosotros, miembros dignísimos de la nueva Cámara de Comercio, que ha recogido la herencia gloriosa de la antigua Junta, así como ésta había recogido en su día la del magnífico *Consell dels Vint* (Consejo de los Veinte).

Por dos veces se ha soldado, con áurea soldadura, la cadena sagrada de la tradición, amparándose otras dos de este mismo venerable edificio que con su grandeza monumental, la primera de Barcelona, ya traduce la del genio y estamento que lo levantó a su propia semejanza. Motivo de legítimo orgullo para vosotros, de arrepentimiento para todos, es la exhumación de esta gloria nuestra que hubo de florecer en tierra extranjera para comprobar a la vez la capacidad del español y la incapacidad de España, la aptitud individual y la impotencia colectiva de la cual os he hablado al principio.

Ciertamente los hombres de aquí no son peores que los otros; la materia prima no es aquí más impotente, ni el entendimiento se muestra más obtuso. Bien lo dicen estos dos talentos que se encontraron en París venidos de nuestros viejos dominios y señalados por expresivos apellidos catalanes: Aragón y Orfila. Mientras el uno triangulaba la tierra, buscando la norma del sistema métrico, y levantaba las tablas de refracción, o calculaba los diámetros planetarios, el otro descubría el principio determinante de la Toxicología: “la diferencia de las reacciones cuando las sustancias venenosas vienen contenidas o han pasado por humores orgánicos”, y establecía una por una estas diferencias según cada tóxico y cada humor, demostrando la necesidad de una nueva ciencia y dándola hecha a la vez. Y estos dos hombres que colaboraban sólidamente a la obra de la civilización, que se incorporaron a una de las más altas selecciones humanas que jamás hayan existido, eran dos de nuestros hermanos y de nuestros conterráneos, hasta el extremo de que, saliendo de las academias y cenáculos de la gran metrópoli, dejando la compañía de los *cuarenta inmortales*, al bajar la escalinata de gloria del Instituto en las grandes jornadas de la ciencia, podían cambiar sus comentarios, sus impresiones y sus ironías, a reserva de todos, en nuestra propia lengua catalana. Esto quiere decir que el hombre de estas tierras será lo que le haga el medio que le rodea y que la gloriosa Junta de Comercio acertaba sobre todas las cosas al querer renovar y elevar este medio, tanto como acertáis vosotros al haceros cargo de su herencia, que es la del honor y del patriotismo.

F. DE S. AGUILÓ, trad.

Fora-Mallorca.

Bogotá, 12 de marzo de 1953.